

LAS TRAGEDIAS



El baturro del cuento, aquel perfecto "matraco" que preguntó: "No eres tú la que se murió este "ivierno"?... era un filósofo sentimental y pequeño, un Azorin en calzón corto, comparado con Evaristo de San Calisto, elegante y cotidiano peripatético, de seis a ocho, en la Luneta, con derivaciones al Cavite Boulevard.

Dicho pollo, ex-secretario del Club titulado: "Los que nos rascamos en la cabeza", ex-vocal honorario del "Centro de Cultura y Recreo" de Villa Igorrotia de Al-lado y en la actualidad escribiente de una casa importadora o exportadora muy conocida en Manila, era un conejito de indias ideal y predestinado a sufrir vivisección en ese Laboratorio de Buen Humor que dirige Bati-kuling en La Vanguardia. Era, además, mis señores, un "elemental amoniaca!" como decimos los que profundizamos en eso que se llama divertirse; un "camarrupa", que diría un espiritista o un "secante" que diría un "humedo" con honores de esponja.

Claro está que Evaristo de San Calisto, tenía sus amigos y admiradores, para los cuales era tan grande como los deseos de cualquier japonés a poseer terrenos en Mindanao; en una palabra: Evaristo de San Calisto, era para ellos un hombre "petronimio" como explicó aquel su cultísimo amigo que en un momento erudito llamo "Fablo" al Sol...

Al héroe de esta "tragedia" le preocupaban infinidad de problemas, siendo uno de los más interesantes, el que por el "tabo" le circulaba referente a figurar en la buena sociedad. Dígalo si nó, nuestro querido amigo el dueño del garage "Cantarria", pues Evaristo para conseguir sus propósitos, creyó que el camino mas rápido era, vestir a cuadros, firmar vales de autos y echarse una novia.

Y fiel a su propósito, todas las tardes descendía de un "G" y a renglón seguido, ofrecía a las posibles, futuras o supuestas empresarias del edificio columnario de su cuerpo, la visión del mismo, a la discreta hora del vespero, cuando los pájaros se retiran y las olas del mar, del mar

prisionero en la bahía, pierden sus tintes y adoptan colores románticos.

Juncal en lo que cabe, y debido al hecho de alimentarse en una pancitería económica, (su plato favorito era el mingo con hielo y su bebida alcohólica el royal), hacía comulgar al paisaje con el tesoro de su personalidad desconocida, hora tras hora y en sepera vana de que una mujer comprendiera las calorías de su temperamento.

Dos años, cuatro meses y algunos días llevaba paseando sus esperanzas, cuando en una tarde otoñal el hado, le presentó a Magnolia, señorita "chic". (Perro, mama y sin dinero, o al revés, que dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre si).

Se enamoró él, se prendó ella y el coro griego de los desocupados de la Luneta pudo disfrutar apuntes de un sainete grotesco:

—Magno: Me quiere?...

—Eva: que nos mira mama...

—Anda loquita, "acede", que tengo muchas ganas de besarte... ¡Ay mi vida! Que horrible es amar y tener que escribir tantísimo a maquinilla.

—¿Pero y si nos ven?... Que verguenza!

(Se aproximan, mejor dicho y según frase de Evaristo: "se ajuntan". Los pescaditos de Olongapo de los que saldrá el "caviar" filipino, en tagalog "bagong", no ponen unos ojos más lánguidos)...

Un niño por todos coneptos desconocido, se acerca y pregunta:

—Señor: ¿quiere decirme que hora es?...

—¿Cómo?... Ah... La, hora... Pues, francamente, no recuerdo.

Y los novios vuelven a conversar.

La tarde muere; los enamorados seguidos de la vieja madre cansina, se dirigen a Intramuros. Todo en ellos es ridículo, hasta su amor.

Detrás de cada sonrisa, lectora, brilla el arco iris de una lágrima.

DON FRIOLERA.